

La fisonomía de san Juan de Ávila como Doctor

Por MONS. JUAN ESQUERDA BIFET. Catedrático emérito de la Pontificia Universidad Urbaniana de Roma

El Papa recuerda que Santa Teresa lo consideraba como ‘Maestro de espirituales’ (2 febrero 2011). Y nos invita a perseverar “en la misma fe de la que él fue maestro” (20 agosto 2011).

Como líneas concretas de su fisonomía espiritual, el Santo Padre ha subrayado “su profundo conocimiento de la Sagrada Escritura, de los santos padres, de los concilios, de las fuentes litúrgicas y de la sana teología, junto con su amor fiel y filial a la Iglesia”, que “hizo de él un auténtico renovador, en una época difícil de la historia de la Iglesia” (10 mayo 2012). Y citando literalmente a Pablo VI en la homilía de la canonización el 31 mayo 1970, lo ha descrito como “un espíritu clarividente y ardiente, que a la denuncia de los males, a la sugerencia de remedios canónicos, ha añadido una escuela de intensa espiritualidad”.

El mismo Benedicto XVI recordó el 10 de mayo de 2012 que “la enseñanza central del Apóstol de Andalucía es el misterio de Cristo, Sacerdote y Buen Pastor, vivido en sintonía con los sentimientos del Señor, a imitación de san Pablo” (cfr. Fil 2,5).

Es muy importante la descripción que el Papa hace del Maestro con estos trazos decisivos: “En los años del siglo de oro español, participó de las dificultades de la renovación cultural y religiosa de la Iglesia y de la organización social en los albores de la modernidad”. El Maestro es siempre actual (como otros Doctores) por su “experiencia de penetrante comprensión de la revelación divina y diálogo inteligente con el mundo, que constituyen el horizonte permanente de la vida y de la acción de la Iglesia” (27 mayo 2012).

Doctrina eminente. La declaración de Doctor de la Iglesia universal

El Papa Benedicto XVI al referirse a san Juan de Ávila con motivo de su Doctorado, ha subrayado que su doctrina constituye una eficaz contribución a la “*formación de la fisonomía del catolicismo moderno*”.



Mons. Juan Esquerda Bifet

comporta una doctrina consistente del santo, que haya tenido y siga teniendo influjo, al menos virtual, en toda la Iglesia.

Quien sepa manejar sabiamente los escritos de san Juan de Ávila, se dará cuenta que se trata de una doctrina que refleja armónicamente todos los contenidos de la fe, en su fundamentación escriturística, patristica, litúrgica, magisterial y teológica. Es como si cada frase, además de ser armónica con los contenidos evangélicos, nos proporcionara una síntesis sapiencial en armonía con toda la revelación. Son escritos a modo de retazos de vida de santidad, que penetran el

corazón de las personas y de la sociedad de todos los tiempos y en todos sus niveles.

Es sabido el influjo y aprecio del Maestro en los santos de su época, como en santa Teresa de Jesús, san Juan de Dios, santo Tomás de Villanueva, san Ignacio de Loyola, san Juan de Ribera, san Francisco de Borja, etc. Hasta nuestros días, ha sido citado abundantemente por santos, doctores y escritores espirituales. Por lo menos, tres Doctores de la Iglesia posteriores a nuestro Maestro lo citan y lo dan a conocer con cierta profusión: santa Teresa de Jesús, san Francisco de Sales y san Alfonso María de Liguori. San Antonio María Claret, que leía frecuentemente sus escritos, lo califica en su autobiografía de “*Maestro de predicadores*” y afirma que es el autor que más le ayudó en su ministerio de predicación. En la biblioteca del santo Cura de Ars están todavía las obras del Maestro Ávila en francés. Santa Maravillas de Jesús lo recomienda y cita ampliamente.

Pero quizá lo más característico de su influjo, durante su vida y posteriormente, es la sintonía que manifestó con todos los carismas eclesiales, y cómo invitó a apreciar las peculiaridades de cada uno en armonía con la comunión eclesial. En su época y hasta el presente, han experimentado su influjo se-

glares (como su segundo biógrafo, Luis Muñoz), clérigos (como Diego Pérez de Valdivia, rector de la universidad de Baeza) y personas de diversas instituciones de vida consagrada (como santa Teresa, san Ignacio de Loyola o fray Luis de Granada, su primer biógrafo).

Peculiaridades y acentos. En todo santo aparece un reflejo del Evangelio, a modo de exégesis viviente del texto sagrado. El parecido de los santos, incluso en sus afirmaciones literales, es debido a que están basadas en el Evangelio, de modo semejante a como con las mismas notas musicales se elaboran armonías peculiares. Es, pues, muy normal que quien esté familiarizado con un santo (san Agustín, San Buenaventura, santa Teresa de Jesús o de Lisieux, san Juan de la Cruz, etc.), encuentre en Juan de Ávila afirmaciones parecidas. Se vive de una herencia común, evangélica, que encuentra en cada santo unos matices peculiares, los cuales no separan ni masifican, sino que ayudan a vivir mejor la comunión eclesial.

Cualquier escrito de Juan de Ávila nos adentra en todos los contenidos de la fe, para contemplarla, vivirla y anunciarla. Es una invitación intrínseca a la perfección, como exigencia apremiante y asequible: una especie de llamada a la belleza, a la urgencia y a la posibilidad, mientras, al mismo tiempo, él se presta como guía.

Me atrevo a afirmar que el Misterio de Cristo, tal como aparece de modo profundo y apasionado en los escritos de san Juan de Ávila, es una respuesta al misterio del hombre, en aquel momento histórico y en

el nuestro. El corazón humano, de modo explícito o implícito, busca siempre la verdad y el bien. Dios Amor, revelado por Cristo, da sentido a la existencia humana personal y comunitaria. Quizá se podría interpretar y valorar esta doctrina del Maestro a la luz de la siguiente afirmación conciliar: *“El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... En la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”* (Gaudium et Spes, 22).

El Maestro Ávila invita a no dudar del amor de Cristo, a no prescindir de su presencia en nuestro caminar, a amarle sin anteponer nada a su amor, a dedicar toda la vida a hacerlo amar, al estilo de Pablo. Apoyados en el amor de Cristo, podemos responder a su amor. Por esto, hay que meditar continuamente en los textos evangélicos, armonizándolos en el itinerario de todo el año litúrgico. Es Cristo concreto, concebido por obra del Espíritu Santo, nacido de María Virgen, presente en la Eucaristía y en medio de la comunidad eclesial. Son los temas de los *Sermones* sobre el tiempo litúrgico, la Eucaristía, el

Espíritu Santo, las fiestas marianas, etc.

Esta temática “avilista” se inserta en la realidad concreta de la época: cultura emergente en evolución, realidades de pobreza y de injusticia, necesidad de renovación eclesial, experiencia sociológica de “globalización”, etc. Son los temas que emergen de sus *tratados de reforma* (*Memoriales* para Trento y *Advertencias* para el sínodo de Toledo). Leyendo sus enseñanzas, uno se percata de que es imposible esta inserción en la realidad sin una re-

El Maestro Ávila invita a no dudar del amor de Cristo, a no anteponer nada a su amor

lación personal y de amor profundo con Cristo.

Actualidad de su mensaje. Los matices de estas enseñanzas se van concretando en el amor de Dios misericordioso, manifestado especialmente en la Encarnación del Verbo, en el misterio redentor de la Cruz y de la Resurrección (*Tratado del amor de Dios*).

Juan de Ávila sigue los pasos de san Pablo, ayudando a experimen-





Púlpito de la iglesia del convento de Santa Clara, en Montilla, desde donde predicó san Juan de Ávila

tar la misericordia divina hasta llegar a una confianza audaz que se concreta en un amor incondicional. Al haber encontrado a Cristo en la propia fragilidad, todo apóstol se siente amado por Él, acompañado, urgido, potenciado. Cristo está presente en nuestra historia y asume nuestra realidad para transformarla, haciéndola suya.

A partir de este amor apasionado por Cristo, se comprende su urgencia por vivir y ayudar a vivir la vida evangélica al estilo de los Apóstoles, que es esencial para la auténtica renovación de la Iglesia.

Su capacidad de diálogo con el mundo de aquel momento, a partir del designio de amor de Dios revelado por Cristo, es de perenne ac-

tualidad. El mundo “globalizado” de entonces estaba en ebullición cultural y sociológica, a modo de una “nueva época”. Entonces se abría el período de la “modernidad” que necesitaba no sólo estrategias metodológicas, sino especialmente personas enamoradas de Cristo, convencidas que sólo el Evangelio puede salvar, purificar y perfeccionar los valores de cada cultura y de cada pueblo.

Su “Catecismo” (*Doctrina cristiana*, 1554), propagado antes del catecismo de San Pío V (1566), puede ser un símbolo de gran valor actual: el conjunto de su doctrina es hoy una “catedral”, a modo de catecismo viviente, de gran eficacia evangelizadora, imposible de com-

prenderlo sin conocer la vivencia de su autor y, tal vez, imposible de valorar sin un compromiso de vida auténticamente evangélica como la suya. La “nueva evangelización” de nuestra época necesita enamorados de Cristo como Pablo y Juan de Ávila.

La armonía de su doctrina con todo el conjunto de la revelación, convierte a Juan de Ávila en el “Maestro” de todos, gracias a su humildad, confianza y entrega, como base para construir o reconstruir la comunión eclesial.

Juan de Ávila contribuyó eficazmente a la aplicación del Concilio de Trento, como reconoció Pablo VI al canonizarlo. El Concilio Vaticano II, a los cincuenta años de su celebración, necesita las mismas claves que usó san Juan de Ávila para el postconcilio de su época, como hemos resumido más arriba. En el campo sacerdotal quedan muchos retos por afrontar con vistas a la aplicación de nuestro concilio. La vida y doctrina de nuestro Maestro indican las pistas de la formación inicial y permanente, la fraternidad sacerdotal en el seno del presbiterio, el seguimiento evangélico y la santidad a imitación del Buen Pastor, la disponibilidad misionera incondicional, el servicio desinteresado y filial la Iglesia.

Estas breves líneas quieren ser una invitación a leer aunque sea uno sólo de sus documentos más significativos, como por ejemplo, el breve *Tratado del amor de Dios*; alguna carta, como la dirigida a fray Luis de Granada; algún sermón como, el de la *Soledad de María*; o algún capítulo del *Audi Filia*, como camino de perfección en clave de “lectio divina”.

Al anunciar la declaración de su Doctorado, el Papa Benedicto XVI pedía: “*Modelen su corazón según los sentimientos de Jesucristo, el Buen Pastor*” (20 agosto 2011). Quizá sea ésta la expresión más adecuada para describir cómo era san Juan de Ávila: “*¡Oh cruz, hazme lugar, y recibe mi cuerpo, y deja el de mi Señor!... Véame yo cautivo debajo del señorío de tu amor*” (*Tratado del Amor de Dios*). ■